

FIESTAS IMPERIALES EN CONSTANTINOPLA

Héctor Herrera Cajas

Propio del hombre es conferirle dimensiones inusitadas a manifestaciones cotidianas y triviales de la realidad, elevándolas a un plano trascendente; en el fondo, es la respuesta a la percepción humana de *teofanías* y *hierofanías* que impresionan profundamente la conciencia de la Humanidad. Tiempo, espacio, objetos, gestos, palabras, adquieren así una dimensión *sagrada* que los distingue nítidamente de lo que se mantiene en el curso natural de su existencia.

La *fiesta* pareciera ser la plenitud que acoge e integra estas distintas dimensiones de la realidad haciendo posible en ellas su máximo esplendor. El tiempo pierde su carácter rutinario, mortificante y agobiador, para henchirse nuevamente con toda la energía de la Creación, gracias a lo cual la fiesta es una efectiva *recreación*. El espacio acotado para la *fiesta* se carga con tensiones misteriosas que lo separan, definitivamente en algunos casos o, al menos, transitoriamente, del resto del mundo, de manera tal que en él puede acontecer lo inefable.

Los objetos adquieren valores simbólicos al ponerse en relación con verdades absolutas, con tradiciones venerables, con potencias preternaturales, y aportan toda su fuerza primigenia, no desgastada ni contaminada por necesidades vulgares, a la elaboración de ceremoniales y rituales que revelan las íntimas conexiones entre el cosmos y el devenir, siempre que se domine la clave, clave que posee quien conoce las palabras y los gestos. Escenario, elementos, disposición, todo está presto para que la *fiesta* comience; sólo se requiere de un simple gesto, de una mera palabra y se despliega un horizonte en que se transmuta la existencia, otorgando al hombre resistencia para superar una y otra vez el deterioro de la temporalidad. Por cierto se trata de gestos y palabras consagradas, capaces de movilizar potencias dormidas en el hombre, o de iluminar regiones umbrosas de la realidad, o de abrir vías de acceso hacia el mundo de lo invisible, de lo permanente, de lo eterno. Aquí reside el carácter sagrado de la persona encargada con su palabra o con su gesto a revelar esta siempre original dimensión de la realidad que es lo más propio de toda *fiesta*. Esta es la razón de la atracción, más aún, de la fascinación que propicia la *fiesta*; fomentando la participación, la incorporación, prácticamente de toda la población donde se instaure, porque todos y cada uno sienten que están viviendo un momento que no sólo los rescata de su desabrida realidad, sino que los hace saborear una sabiduría que revela la auténtica consistencia del ser.

Toda verdadera *fiesta* tiende a estructurarse de acuerdo a un riguroso protocolo en una *ceremonia*, esto es, un conjunto que articula todos los elementos mencionados según un ritual que no deja nada a la improvisación, a lo arbitrario, al descuido, sino que, por el contrario, todo, aún aquellos momentos o participaciones que parecen ser expresión de iniciativas particulares o populares, todo está cuidado y minuciosamente prescrito, confiriendo a la *fiesta* un papel preponderante y decisivo en la conservación de tradiciones, a tal punto, que su debilitamiento es señal inequívoca del deterioro de una cultura¹. Se comprende, entonces, que las *fiestas* constituidas en ceremonias contribuyan a integrar las culturas y a las mismas civilizaciones ayudándolas a conservar su identidad a lo largo de los siglos, como es el caso de la civilización bizantina.², que podemos estudiar detalladamente en este aspecto gracias al voluminoso recuento de las ceremonias imperiales que, hacia

-
- 1 Contamos ahora con el excelente estudio y hermoso libro, recientemente publicado, de Isabel Cruz, *La fiesta, metamorfosis de lo cotidiano*, Santiago de Chile, 1995, que, aunque dedicado al Reino de Chile, ya que es el tomo I de la "Serie Arte y Sociedad en Chile, 1650-1820", trae una amplia bibliografía general sobre el tema, lo que nos exime de esa tarea; sólo nos permitimos añadir: Van der Leeuw, G., *La Religión dans son essence et ses manifestations. Phénoménologie de la Religion*, Paris, 1948 (1933) (hay ed.cast. en F.C.E.), obra que aprecio en alto grado; Bouyer, Louis, *Le rite et l'homme; Sacralité naturelle et liturgie*, Paris, 1962 (hay ed.cast. en Esteta, 1967), y, por el peso que tienen en la civilización bizantina los textos del Antiguo Testamento, De Vaux, R., *Instituciones del Antiguo Testamento*, Barcelona, 1964 (1958-1960), con dos extensos capítulos dedicados a "Las fiestas antiguas de Israel" y "Las fiestas posteriores, pp.610 a 648, especialmente por la importancia que las danzas tenían en esas festividades.
 - 2 Poco es lo escrito acerca de este tema en este medio siglo -que ya cuenta sus últimos años-, por lo menos si uno revisa los repertorios disponibles para nosotros, y que, prácticamente no ofrecen nada bajo la voz aludida; ellos son: a) Dölger, Franz y Schneider, A.M., *Byzanz*, Bern, 1952 (La primera parte que se debe a Dölger, da pormenorizada cuenta -desde la p.11 a la p.252, con 1222 notas de referencias, algunas de ellas señalando, a la vez, varios libros y artículos- de las investigaciones sobre la historia, literatura y lengua bizantinas, editadas entre 1938 y 1950; por su parte, Schneider revisa las publicaciones aparecidas entre 1939 y 1949, y en 205 notas, con las mismas características de las anteriores, analiza las publicaciones acerca del arte cristiano antiguo y bizantino, tomando de la p.257 a la p.314). b) Las cien páginas de bibliografía que trae el tomo de la *Cambridge Medieval History*, al que haremos referencia más adelante. c) El número especial de la *Historische Zeitschrift*, en el cual Günter Weiss anota y crítica las publicaciones aparecidas entre 1968 y 1985, con un total de 1621 notas de referencias; en "8.1. Zeremoniell. Insignien", afirma que la obra de Treitinger permanece como fundamental, y d) La bibliografía especializada acerca de Constantino VII y sus obras literarias que alcanza hasta 1989, debida a G.D. Dragas en la reedición ateniense de la *Patrologia Graeca* de Migne, obra a la que hacemos referencia en la nota 3. Sin duda hay valiosísimos estudios sobre asuntos atingentes, que, a su debido tiempo, mencionaremos, de los cuales posiblemente sigue siendo el de Treitinger el más importante, a pesar de contar ya con casi sesenta años desde su primera edición. Hay, pues, que remitirse al ya octogenario artículo de Ebersolt sobre la vida pública y privada de la Corte bizantina, en el cual, hay un capítulo dedicado a las diversiones y juegos públicos, basado casi totalmente -como es comprensible- en el *De Ceremoniis* de Constantino VII, sin desconocer que todos los demás capítulos son igualmente interesantes, aclarativos e importantes; o bien hay que remitirse a esa verdadera mina de la erudición sobre Bizancio que son las obras de Luis Bréhier, especialmente a su *Civilización*

mediados del siglo X, mandó recopilar el erudito emperador Constantino VII Porfirogénito.³

El llamado *Libro de las Ceremonias* recoge protocolos de distintos momentos de la secular historia ya transcurrida del Imperio Romano de Oriente; el período que corre desde Justiniano el Grande (527-565) hasta el advenimiento de Heraclio (610-641) fue una de esas etapas especialmente fértiles en la elaboración de ceremonias que diesen un mayor fundamento religioso cristiano al Imperio, a la función del emperador, que permitiesen integrar mejor al pueblo, a la nobleza y al clero, en las tareas imperiales, y que también garantizaran un dominio más efectivo de la Capital por el emperador, al tomar posesión topográficamente de la Ciudad.⁴

Otra etapa también igualmente fecunda se inicia con Basilio I y continúa hasta las ceremonias que introduce el mismo Constantino VII, con la construcción de nuevas iglesias en el interior del Palacio imperial, donde el emperador pudiese reforzar su carácter sacrosanto y su relación directa con Dios, la Virgen y los santos, sin necesidad de concurrir a la Gran Iglesia.⁵

Bizantina, donde se encuentran, espigando entre sus numerosas páginas, algunas referencias a juegos, procesiones, ceremonias, y sobre todo, al hipódromo y los espectáculos. También se encuentran descripciones de fiestas, aun con traducciones de algunos himnos y cánticos, en Lindsay, Jack, *Byzantium into Europe*, London, 1952., pp. 305-306 y 324-331, páginas de una obra, al parecer, injustamente olvidada por los bizantinistas. Una obra que reunía, en su momento, a un grupo destacadísimo de bizantinistas, y de tan gran aliento, como son los dos tomos dedicados a Bizancio en 1967, para reemplazar el antiguo tomo de la primera edición, que databa de 1923, de *la Cambridge Medieval History (=CMH)*, trae apenas una página -debidamente a la fina pluma de Jenkins- en que se alude al asunto en su capítulo dedicado a la vida social del Imperio (t.II, p.92); nos parece que es un ejemplo bastante significativo y suficiente. Nos quedaría por revisar la voluminosa obra de Kukulies, *Vida y civilización de los bizantinos* (en griego), 8 vols., Atenas, 1947-1957, que seguramente puede aportar más de alguna información valiosa al respecto. Nosotros no hemos querido presentar más que una pequeña síntesis sobre el tema, destacando las fiestas que nos han parecido más ilustrativas para tener una mejor comprensión de aspectos de la vida imperial y de su significado trascendente, permitiéndonos una que otra licencia en cuanto a la imaginación que los textos propician para así lograr una más adecuada comprensión.

- 3 Constantinus VII Porphyrogenitus, *De Cerimonis Aulæ Byzantinæ libri duo*, Graecæ et Latine, ex recensione Joan. Jac. Reiskii, cum ejusdem commentariis integris, en Migne, *P.G.*, t. CXII, Paris, 1864; reed. facsimilar Atenas, 1990, enriquecida con una biografía del Emperador y una completísima bibliografía en orden cronológico de las ediciones, traducciones, comentarios y obras atinentes a la copiosa producción de Constantino VII, desde 1530 a 1989, por G.D. Dragas. Los cap. 1-92, del L.I han sido editados y traducidos al francés por Albert Vogt, t.I con un vol. de comentarios, Paris, 1935; y t.II igualmente con un volumen de comentarios, Paris, 1939 y 1940, hercúlea tarea que hasta hoy resta inacabada; citaremos según la edición de la *P.G.* y cuando sea necesario remitiremos a las comentarios de Vogt, cuya traducción nos ha sido, por cierto, de mucha utilidad.
- 4 Cameron, Averil, "Images of Authority: Élites and Icons in Late Sixth-Century Byzantium", en *Byzantium and the Classical Tradition*, Birmingham, 1981, p.208 y ss.
- 5 Dagron, Gilbert, *Empereur et prêtre. Étude sur le cesaropapisme byzantin (=Empereur)*, Paris, 1996, p.214 y ss.

Desde su fundación (324), la ciudad de Constantino, la nueva Roma, la capital del Imperio Romano de Oriente, estaba pensada urbanísticamente para dar cabida a festividades que recogiesen tanto las seculares tradiciones romanas -debilitadas, cuando ya no vacías de los arcaicos contenidos religiosos de la antigua Roma- y el profuso ceremonial generado alrededor del emperador, herencia de los monarcas helenísticos, como las ceremonias eclesiásticas cristianas en intenso proceso de cristalización bajo la influencia del mismo ceremonial imperial. Bien se sabe que los bizantinos se consideraron a lo largo de su milenaria historia los continuadores de los romanos y, en consecuencia, conservaron muchas tradiciones propias del mundo romano y hasta fórmulas pronunciadas en latín, incomprensibles, por cierto, para quienes hablaban sólo griego y que, por lo tanto, había que traducir cuidadosamente.

Un espacio típicamente romano en el plano urbano de Constantinopla fue el Hipódromo y justamente será en este espacio donde tendrán lugar algunas de las fiestas más espectaculares del imperio, como el *triumfo* que Justiniano el Grande ordenó celebrar al finalizar las campañas victoriosas de su general Belisario, las que pusieron fin a la guerra contra el reino de los vándalos en el norte de África, y de lo que ha dejado pormenorizado relato Procopio, quien anota que un triunfo así no se celebraba desde tiempos de Trajano, aunque esta vez el general victorioso hizo el recorrido desde su casa al Hipódromo a pie, y del mismo modo continuó hasta quedar frente al trono del emperador, a quien ofreció sus victorias, presentándole el rico botín obtenido, del cual se separó la parte que correspondía al emperador por tener dignidad regia: trono de oro, carruajes, joyas, vajilla en oro y plata; también formaba parte del botín el tesoro que el emperador Tito había obtenido después de la conquista de Jerusalén y que había ostentado en su *triumfo* en Roma. Este tesoro había caído en manos de los vándalos cuando su rey Genserico saqueó Roma en el 457, y el piadoso emperador Justiniano ordenó después devolverlo a Jerusalén. Igualmente marcharon en el triunfo los más fornidos de los vándalos, precedidos por el mismo rey cautivo, Gelfimer, y su familia, quien, al llegar frente al trono imperial fue despojado de su púrpura regia y obligado a postrarse por el suelo en señal de sometimiento al emperador, y lo mismo hizo Belisario, demostrando así que las victorias ganadas por él, eran debidas a la gracia del emperador.⁶

El Hipódromo continuó siendo por siglos el espacio más importante para celebrar los triunfos imperiales, como lo señala Constantino VII Porfirogénito en el extenso apéndice con que cierra el Libro I de su amplia, completísima y reiterativa

6 Procopius of Caesarea, *History of the wars. The vandalic war*, (H.B. Dewing). London, 1961 (1916) (l. IV, c.IX, pp. 278-283)

obra dedicada a recopilar las *Ceremonias del Palacio Bizantino*, donde recoge los protocolos de triunfos celebrados en el siglo IX, o en dos pequeños textos -incluidos fuera de lugar en el extenso capítulo dedicado a las carreras de carros en el Hipódromo- en los cuales se reproducen las alabanzas a Dios y al emperador por haber dado la victoria sobre árabes enemigos, lo que ha sido celebrado con triunfos en el Hipódromo.⁷

El emperador es recibido en la imponente Puerta Dorada de la muralla de Teodosio, puerta que comunica el puerto de Hebdomón con el interior de la Ciudad. Ya en el mismo puerto el Emperador había recibido una primera bienvenida por representantes de todos los sectores y oficios de la Capital que portaban coronas tejidas de rosas u otras flores, y, por cierto, por el conjunto de senadores. El emperador entra a la iglesia de San Juan Bautista y después de hacer sus oraciones y encender cirios, vestía un traje de ceremonia y montando en un caballo albo, ricamente enjaezado, seguido de todos los concurrentes que agitaban banderas, y con el acompañamiento de tambores y trompetas, daba inicio a la procesión. Los más nobles y destacados de los vencidos en la campaña victoriosa del *basileus*, y los más brillantes de los despojos habidos, tales como banderas y armas, eran incorporadas a la procesión triunfal.

Desde la Puerta Dorada continúa la brillante y solemne procesión, que avanzando por una de las grandes avenidas que atraviesan Constantinopla -llamada las *Mese*- pasando por los grandes foros, hasta alcanzar la zona de la piedra miliar, el *Milión*, ya en la entrada misma del Palacio, recorrido que se aproxima a los seis kilómetros y que bien puede haber tomado unas cuatro horas.

Todas las fachadas de las casas que daban al recorrido, muchas de las cuales tenían pórticos y aún galerías con balaustradas de mármol, habían sido adornadas con guirnaldas de laurel, de fragante romero o de olorosa albahaca, de mirto, de coloridas rosas y de otras flores; sus ventanas y balcones habían sido engalanadas con cortinajes de seda, con vistosos tapices y con candelabros de muchos brazos, con sus cirios encendidos aunque brillase el sol, tal como en otras oportunidades se llevaba antorchas flameantes en pleno día; también el mismo suelo por donde pasaría el cortejo era cubierto con hierbas y flores.⁸

La multitud abigarrada de la Capital se agolpaba en las graderías y pórticos tratando de encontrar un lugar desde donde tener más vista del imponente cortejo, y,

7 *De Cer.*, I, LXIX, cc. 621-624.

8 *De Cer.*, I, XVIII, c. 335; II, VII, c. 1004; II, XV, c. 1061. en recepción de embajadores; v. Dujcev, Ivan, "Un passo oscuro nel Libro delle Ceremonie" (1952), ahora en *Medioevo Bizantino-Slavo*, I, Roma, 1965, pp. 245-250, esp. 247-8, quien destaca la importancia de los aromas en Bizancio; v. tb. *De Cer.*, II, XV, c. 1097, el emperador envía a los embajadores agua de rosas para sus abluciones y también ungüentos y perfumes.

con su a momentos estremecedora algarabía, casi acallaba las aclamaciones y los himnos que se entonaban al paso de la procesión.

De acuerdo con una antigua tradición el prefecto de la ciudad ofrecía al emperador una corona de oro y otra de laurel entre los vítores más o menos acompasados de la muchedumbre.

En el foro de Constantino, ya próximo al Palacio, era recibido por el patriarca, acompañado de todo el clero de Santa Sofía -que podía contar con unas cuatrocientas personas- todos vestidos con sus ricos ornamentos recamados en oro y plata; entonces venía uno de los momentos culminantes de la pompa triunfal: el más importante de los prisioneros era puesto a los pies del emperador por el *logotheta* del *dromo* y el *doméstico* de las *scholas* para que el emperador impusiese su pie derecho sobre su cabeza, a la vez que, ayudado por su *prostrator*, ponía la lanza imperial que sostenía en su mano derecha sobre el cuello del cautivo; al momento todos los demás prisioneros eran obligados a postrarse por tierra y sus lanzas y banderas eran abatidas. El emperador cambiaba, de acuerdo a todo el ritual previsto para estos casos, su vestimenta militar por una civil de ceremonia: *dibetesiôn* triblatia, túnica de brocado púrpura, *clámide* tejida en hilo de oro, y las *campagias*, esto es las calcetas de púrpura bordadas con el águila imperial⁹, y ya a pie, daba inicio a la parte más solemne de la procesión, precedido de sagradas reliquias, de insignias preciosas del Imperio, de banderas doradas y de una venerable cruz, admirable por su porte y la cantidad de joyas que la ornaban, avanzando hasta el *Miliôn*, desde donde se dirigía hasta Santa Sofía, en cuyo vestíbulo se le quitaba la corona, e ingresando por el nártex, entraba acompañado del patriarca y participaba en la divina liturgia, terminada la cual se dirigía al Palacio, donde ofrecía un banquete en el gran triclinio de Justiniano, o bien, en medio de aclamaciones triunfales y los sonos de los órganos portátiles, por los trayectos de costumbre, llegaba hasta la *Katisma*, el gran palco imperial en el Hipódromo, desde donde presidía los juegos hípicas, en medio de las aclamaciones de los *demos* y del pueblo, más jubilosas que otras veces, por la presencia de los cautivos y la ostentación de los despojos, todo lo cual venía a confirmar el carácter victorioso del *basileus*, coronado por Dios justamente para con sus campañas llevar la fe cristiana a todos los pueblos y llenar de gloria el nombre de los romanos.¹⁰

9 *De Cer.*, I, Append., 893-896; Ebersolt, Jean, "Études sur la vie publique et privée de la Cour Byzantine" (1917), en *Constantinople. Recueil d'études, d'archéologie, et d'histoire* (=CREAH), Paris, 1951, cap. VI, "Les vêtements impériaux dans le cérémonial", pp. 50-63; no hemos podido consultar, Guillard, R., "Quelques terms du Livre des Cérémonies", *Revue des Etudes Grecques*, 1949, pp. 328-350.

10 *De Cer.*, I, Append., cc. 941-956; Treitinger, Otto, *Die oströmische Kaiser - und Reichsidee nach ihrer Gestaltung im höfischen Zeremoniell*, Darmstadt, 1956 (1938), pp. 169-178, quien habla de una verdadera liturgia del simbolismo de la victoria imperial.

Pero el Hipódromo de Constantinopla -con una capacidad para sesenta mil personas- no es sólo el espacio para culminar ceremonias tan espectaculares como los *triumfos*, es también el lugar de uno de los juegos más populares de la Ciudad: las carreras de carros, en que competían normalmente cuatro cuadrigas, a cargo de los cuatro *demos* o facciones que, de alguna manera, representaban al pueblo de la Capital. Estos *demos*, que se distinguían por sus colores emblemáticos: los Blancos, los Rojos, los Verdes y los Azules, originalmente tenían un peso político en la administración de la Ciudad y cumplían una función militar en la defensa de sus murallas, pero, con el tiempo, totalmente sometidos al poder imperial, sólo cumplían un papel decorativo en las ceremonias de la Corte, siendo los Verdes y los Azules los que se mantuvieron por más tiempo¹¹.

Las carreras de carros, cuidadosamente organizadas, suscitaban un fervor y entusiasmo indescriptibles en todos los sectores del pueblo de Constantinopla, creando un ambiente especialmente favorable para la exaltación de la persona del emperador, de manera que la victoria de uno de los aurigas es proclamada como signo providencial de la victoria del emperador sobre los bárbaros o sobre los ídólatras, porque las carreras han adquirido un valor simbólico dentro de las ceremonias imperiales, todas tendientes a realzar la relación directa, permanente y exclusiva entre Dios, el *Pantocrator*, y el emperador piadoso y coronado por Dios. Por eso, en un cierto momento, una de las facciones entona: “coronad de victorias a nuestros emperadores”, o bien, “cuando este *demos* es victorioso, el emperador con el ejército obtiene las victorias y en la Ciudad de los Romanos aumenta la abundancia; por esto rogamos a Dios, en todo tiempo, dar a los Azules victoria y gloria”. Sea que los Azules o los Verdes hayan alcanzado la victoria, todos cantan “Exultad, Verdes (o Azules), los emperadores han vencido” (...) “Que crezca el Imperio, que crezcan los Azules (o los Verdes)”, porque al vencer “producen gozo al Imperio y a la Ciudad”.¹²

Posiblemente las carreras celebradas el 11 de Mayo, día en que se conmemora la inauguración oficial de la Ciudad, eran las más famosas y concurridas de todas. Desde el día anterior -tal como acontecía con las otras carreras- se iniciaban los

11 Cameron, Alan, *Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium*, Oxford, 1976, sostiene que los *demos* en Constantinopla no pueden entenderse como una cierta organización municipal, puesto que la Ciudad no contaba con ese tipo de divisiones en su estructura administrativa, v. pp. 24 y ss.; en cuanto a un posible significado de los colores, v. Dagron, Gilbert, *Naissance d'une Capitale. Constantinople et ses Institutions de 330 à 475*, Paris, 1974, p. 332, referencias que agradezco a mi colega y colaborador, Prof. José Marín. De hecho, en una obra poco cotizada en la bibliografía bizantina, publicada bajo el seudónimo de Sir Galahad, que corresponde a Bertha Diener, *Byzanz*, Leipzig, 1937 (Paris, 1949), se encuentra un capítulo dedicado a los Azules y los Verdes, (pp.109-120 de la ed.franc.) donde ya se presenta esa interpretación, v. tb. las páginas que dedica a los *demos*, Lindsay, Jack, *op. cit.*, pp. 52-57, y que son de especial interés.

12 *De Cer.*, I, LXIX, cc. 601, 609, LXXI, c. 652.

preparativos, después que los *demarcas* han solicitado y obtenido el permiso del emperador para realizarlas. Parte decisiva de los preparativos era el sorteo para la conformación de las cuadrigas y para establecer su lugar en la partida. También tenía lugar el desfile de los caballos en el Hipódromo que tomarían parte en la competencia, los que estaban ricamente enjaezados, y, por cierto, todo esto en medio de aclamaciones, vítores y redobles de tambor.

Desde temprano, abiertas las puertas del hipódromo, la muchedumbre comenzaba a llenar las graderías, cubriéndolas de colores y aumentando la vocinglería a medida que pasaban las horas. Mientras allí todo era popular y espontáneo, en el interior del Sagrado Palacio, también desde antes de rayar el alba, los funcionarios y cortesanos, con sus ropajes adecuados a la festividad, se habían ido reuniendo según su jerarquía, esperando la anunciada presencia del emperador que diese inicio a la solemne procesión que los conduciría hasta la *Kathisma*; porque tal como en otras festividades, aquí todo transcurría ceñido a un riguroso protocolo, que hacía de cualquier desplazamiento oficial del emperador una verdadera ceremonia. De hecho, la presencia del emperador en el Hipódromo se iniciaba con una ceremonia que comienza en los aposentos privados, en donde es debidamente ataviado y coronado; viene después un prolongado y lento recorrido por galerías, oratorios y salones, donde el emperador es saludado, aclamado y reverenciado, antes de subir por una escala privada hasta el imponente palco imperial, la *Kathisma*, desde donde bendice al pueblo haciendo tres veces la señal de la Cruz con su mano derecha, en la que tiene un cuidado pliegue de su manto que, en forma de rosa, ha puesto el maestro de ceremonias; a continuación toma asiento en el trono y, con un gesto, ordena que se dé inicio a las carreras.

Después de presenciar las cuatro carreras de la mañana y de la actuación de mimos, de acróbatas, de domadores de fieras, de prestidigitadores y demás, para deleite de la multitud, y cuando ya se acallan las aclamaciones a los aurigas victoriosos, el emperador les envía coronas, y habiendo concedido el permiso solicitado por las facciones victoriosas para manifestar su alegría a través del baile, inician una danza, terminada la cual el emperador se levanta para retirarse, momento que espera ansioso el pueblo para precipitarse sobre la arena donde se han amontonado hortalizas, dulces y pescados. Mientras la multitud consume todos estos donativos, el emperador almuerza en el gran triclinos de la *Kathisma* y descansa, antes de las cuatro carreras de la tarde.¹³

Si bien las fiestas en el Hipódromo son las más populares y aún tumultuosas, son, en cambio, las fiestas celebradas en el Palacio imperial, en alguna de sus numerosas salas de recepción, las más solemnes y las que más tiempo toman en el calendario de actividades del emperador y su corte.

13 *De Cer.*, I, LXX, cc. 633-642.

Son muchas las ceremonias que a lo largo del año, en un apretado calendario de festividades litúrgicas y palatinas, exigen la presencia del Emperador y siempre se da la misma solemnidad, pompa y fastuosidad, porque cada ceremonia es el cumplimiento perfecto de un rito con significado cósmico, esto es, en el cual se establece una directa relación entre el orden y armonía del Universo y el que los emperadores están llamados a establecer desde el Imperio sobre todo el *ecumene*, es decir, sobre toda la tierra hasta donde el Imperio debe hacer llegar sus benéficas medidas de paz, orden y libertad para los pueblos, además de su misión evangelizadora, al arrancarlos de los fatídicos dominios del maligno, de los tiranos y las anarquías. Así un himno proclama en un texto pleno de sentido: “La fiesta de vuestra corona significa la libertad (enviada) desde el cielo a los hombres”. La corona es el símbolo de la victoria sobre los enemigos de la Humanidad, de todos quienes la tienen privada de la verdadera libertad, la de los hijos de Dios, por eso corresponde festejarla como corresponde, porque siendo los emperadores ilustres - como lo proclama otro texto-, “el cosmos se regocija” y, con la característica letánica de las ceremonias, continúa: “Las Augustas son ilustres: el cosmos se regocija. Y los porfirógénitos: el cosmos se regocija. El senado exulta y todo el palacio: el cosmos se regocija. La Ciudad exulta y todo el Imperio: el cosmos se regocija.”¹⁴

Sin duda una de las ceremonias más solemnes del Imperio, era justamente el día en que un nuevo *basileus* accedía a la dignidad imperial. La ceremonia daba cuenta de diferentes tradiciones que consultaban la participación del ejército, del Senado, del pueblo de Constantinopla y de la Iglesia, tradiciones que se habían ido conjugando, aunque algunas de ellas ya tuviesen apenas un valor retórico, en un protocolo que no podía consultar todas las posibilidades de acceso al trono, desde la sucesión legítima hasta la traición y asesinato del anterior emperador. De hecho, la parte más importante y más sublime, era la coronación propiamente tal que, a partir de comienzos del siglo VII, se realizaba en una iglesia y desde la coronación del emperador Teófilo (821) se entiende que deberá ser en Santa Sofía, en presencia del Patriarca, después de lo cual se procede a la primera gran recepción presidida por el nuevo emperador.¹⁵

Este acontecimiento será recordado cada año en una fiesta de aniversario, tal como otros de la vida del emperador: su nacimiento, su matrimonio, y demás.

A partir de ese momento, el emperador prácticamente vive para cumplir con la apretada liturgia que le impone su cargo y que, aún en las campañas militares,

14 *De Cer.*, I, LXIX, c. 609, LXV, c. 568.

15 *De Cer.*, XXXVIII, cc. 435-446; Dagron, *Empereur*, cuyo cap. II “Proclamations et couronnements” está dedicado a minuciosas descripciones de las coronaciones, para las que existen referencias en las fuentes., pp. 74-105; un breve resumen de este ceremonial en nuestro art. “Simbología política del poder imperial en Bizancio: los pendientes de las coronas”, *Byzantion Nea Hellás (=BNH)*, 13-15, Santiago, 1993-1996, pp. 23-24.

sigue rigiendo. Con todo, los emperadores, cual más, cual menos, podían reservarse momentos para su vida privada, sea en Palacio o en la Ciudad.

Las más frecuentes de estas ceremonias son las recepciones en distintas salas del Palacio imperial para promover a algunos de sus súbditos a uno de los tantos cargos que corresponden a la administración del Imperio o que sirven para distinguir a los cortesanos -y también a algunas de sus mujeres- en las múltiples funciones de la Corte.¹⁶

En el conjunto de grandes ceremonias celebradas al interior del Sacro Palacio, destaca la recepción de embajadores; tenemos noticias de algunas especialmente notables como para que se conservase su descripción pormenorizada. Es el caso de la recepción de la princesa Olga de Kiev y de su numerosa comitiva, acontecimiento que ocurre en el verano del 957, y cuyo relato Constantino VII Porfirogénito, a quien le correspondió recibirla, incorpora a su *Libro de las Ceremonias*.¹⁷ Estas recepciones tenían su punto culminante cuando el emperador, sentado en el trono de Salomón, revestido de las vestiduras e insignias que el protocolo exigía, rodeado de toda la corte y de los más altos funcionarios del Imperio, con el despliegue imponente de relicarios, tapices y joyas que hacían resplandecer el *Gran Triclinio de la Magnaura*¹⁸, daba la señal para hacer entrar al *embajador* de que se tratase; éste era introducido acompañado del condestable y del protoestrator, quienes lo sostienen por los brazos para ayudarlo a cumplir con el rito de la *proskynesis*, esto es de las tres sucesivas postraciones ante la presencia del emperador, en reconocimiento de su majestad y carácter sacrosanto; sonaban en ese momento los órganos y comenzaban a funcionar los mecanismos secretos que hacían que el trono se elevase, que los leones dorados que estaban junto a él, abriesen sus fauces y rugiesen, al mismo tiempo que agitaban sus colas, y que variedad de pájaros, posados en un árbol también dorado, iniciasen sus trinos.¹⁹

En distintas fechas, el emperador ofrecía banquetes oficiales; el que tenía lugar el 2 de Enero en el Triclinio de los XIX lechos era especialmente atractivo por el verdadero espectáculo que se desarrollaba durante la comida. En otros banquetes era frecuente que hubiese al mismo tiempo alguna coreografía, en la que participaban

16 *De Cer.*, II *Clerotologium seu Liber de ritibus sacrarum epularum Aulae Byzantinae*, cc. 1291-1424; Bury, J.B., *The Imperial Administrative System in the Ninth Century*, With a Revised Text of *The Kletorologion of Philotheo*, (1911), New York, s/a., *passim*.

17 *De Cer.*, II, cc.1107-1112; resumen de esta recepción, en nuestro art. "Bizancio y la formación de Rusia", *BNH*, 6, Santiago, 1982, pp. 41-42.

18 *De Cer.* II, XV, cc.1068 y 1104: La Gran Cruz, la vara de Moises, cetros y estandartes de los romanos; coronas votivas suspendidas con cadenas de oro, cc.1084-85.

19 *De Cer.* II, XV, cc. 1047-1054; , LXXXIX, c.737; v, tb. Luitprandi *Antapodosis*, VI, 5, Hannover-Leipzig, 1915, p. 54; v. Herrera, H., "Simbología...", *op. cit.*, p.19.

importantes funcionarios del Imperio y las facciones de los Verdes y de los Azules, todos con vestidos de gala, pero en este caso, la coreografía, que se remontaba presumiblemente al siglo V, era más sofisticada que nunca. Estando el emperador y comensales ya sentados, el emperador da su anuencia al prepósito de la mesa y éste alza su mano derecha con los dedos extendidos como rayos, los que luego cierra como racimo, para que el prepósito del espectáculo haga entrar a los que participarán en tan extraño baile. Porque efectivamente se trata de una danza en la que participan además de altos funcionarios y músicos con su laúd de tres cuerdas, unos hombres disfrazados con pieles y máscaras para parecer godos; de hecho en el protocolo correspondiente este banquete es llamado *Gothicón*.

Primero entra por el lado izquierdo, el grupo de los Azules, con dos *gothos*, cada uno llevando un escudo que hace sonar con unos bastones, y a continuación, por el lado derecho entra el grupo de Verdes con sus dos *gothos*. A partir de ese momento la solemnidad del banquete en esa espléndida sala se transforma en una verdadera batahola, pues, todos corriendo, haciendo sonar los escudos, gritando “Tul, tul”, rodean la mesa imperial, girando y entremezclándose por tres veces consecutivas. Terminada esta introducción, vueltos a sus lugares de partida, inician, acompañados de los músicos, unos cantos, cuyo texto es de los que ha merecido más comentarios de todos los del *Libro de las Ceremonias*. Palabras latinas, palabras hebreas, alguna griega, cantadas como si lo fuesen por godos, con las deformaciones o transformaciones del caso, producían una jergonza incomprensible, con algunas frases intercaladas en griego de rendida aclamación al *basileus*. Vuelta la calma, los *magistri* de los demos con sus cantores inician el *alfabeticón*, canto en que cada verso comienza sucesivamente por una de las letras del alfabeto. Cada cuatro versos, los *gothos* hacen sonar sus escudos, irrumpen con su “Tul,tul” y giran, hasta que así termina el *alfabeticón* y con él la fiesta, al retirarse todos al son del “Tul, tul”. El contenido de las estrofas era el reconocimiento al poder invencible del *basileus* sobre todos los pueblos de la tierra²⁰.

Presumiblemente ésta era una fiesta cuya interpretación cabe en el tono victorioso del ceremonial imperial, ya que los *gothos* bien pueden representar a todos los bárbaros que tratan de interrumpir, una y otra vez, desde *alpha* a *omega*, es decir a lo largo de todos los tiempos, pero sin que las fuerzas malignas puedan prevalecer, hasta que, al final, tendrán que desaparecer rendidas ante la gloria del Imperio de los Romanos.²¹

En las grandes festividades del año litúrgico -Pascua, Pentecostés, Navidad, Epifanía, Transfiguración- se da el mismo ceremonial para la participación del

20 *De Cer.*, I, LXXXIII, cc.681-694.

21 Treitinger, O., *Op. cit.*, pp. 179 y 180.

emperador y la corte en los Sagrados Misterios presididos por el patriarca en la Gran Iglesia. Los preparativos en el Palacio para formar la solemne procesión comenzaban en la víspera, y en el día mismo, ya al alba, todo estaba presto para dar inicio a la ceremonia: las vestimentas, las coronas, las armas, las reliquias más preciosas²². Antes de ser revestido, el emperador hacía sus oraciones ante el *Pantocrator* del *Crisotriclinos*, ante la *Teotokos*, ante la Vera Cruz en el santuario de San Esteban Protomártir, sólo entonces era coronado y, con la clámide puesta, venía un recorrido todavía por distintos salones del palacio, de significado civil unos, militar otros, desde donde se iba incrementando la procesión con representantes de las diversas funciones que, con sus banderas, insignias y trofeos, aportaban más esplendor a la procesión que iba haciendo sucesivas detenciones para que el emperador pudiese recibir una y otra vez las aclamaciones de los *demos*. Sólo cuando el emperador estaba debidamente premunido en sus dimensiones sobrenaturales, militares y cívicas era el momento para salir del Palacio por la puerta *Calcé*,²³ acompañado de la música de los órganos portativos, que eran instrumentos de la pompa palatina y no de la eclesiástica, cruzar el Augusteón, la plaza que lo separaba de Santa Sofía, e ingresar en la Gran Iglesia, espacio que escapaba -por así decirlo- a su autoridad, donde era un hijo privilegiado de la Iglesia, pero hijo al fin; por eso en uno de los mudadores del vestíbulo sur del nártex, deponía su corona y penetraba al nártex, donde era esperado por el patriarca y su numeroso clero, quienes lo acompañaban haciéndolo ingresar al espacio sagrado por las Puertas Imperiales, y ubicado en un recinto imperial -un verdadero departamento- participaba desde allí en la Divina Liturgia que desplegaba toda su magnificencia y espiritualidad mediante las interminables salmodias, himnos y aclamaciones²⁴, el centelleo de innumerables cirios que aportaban además su fragancia, junto con la del incienso, los suntuosos ornamentos litúrgicos, la profusión de sagradas reliquias, todo lo cual encendía el fervor de los fieles, que entonces se sentían saboreando anticipadamente los gozos del Reino de los Cielos, paradigma siempre presente del Imperio de los Romanos; el regreso podía ser rehaciendo el mismo recorrido o bien por una galería que comunicaba directamente con el Palacio.²⁵

22 El relicario de la Cruz en plata dorada con esmaltes y piedras preciosas, conservado hoy en el Tesoro de la Catedral de Limburg-sur-Lahn, puede ofrecer una idea de la calidad de los objetos que se veneraban en las múltiples iglesias y capillas del Palacio Imperial, como también una magnífica cruz en plata dorada con piedras preciosas engastadas, de 1,02m de alto obsequiada por el emperador Nicéforo II Focas al monasterio de la Gran Lavra en Monte Athos, v. Cutler, A. y Spieser, J.-M., *Byzance médiévale. 700-1204*, Paris, 1996, pp. 160-166.

23 Dagron, G. *Empereur*, pp. 112 y ss.

24 Wellesz, E., "Byzantine Music and Liturgy", *CMH*, 1967, IV, II, p. 135, cree que la música de las aclamaciones imperiales en otras ceremonias civiles -de la que prácticamente no se sabe nada- no era diferente en estilo de la de las festividades eclesiásticas.

25 *De Cer.*, I, I, cc. 79-210; Dagron, G., *Empereur*, pp. 106-111.

Para la mayor parte de los Domingos, el emperador asistía a la Santa Misa en alguno de los numerosos santuarios que había en el mismo Palacio, donde, como en todas las iglesias de Constantinopla, se veneraban numerosas reliquias e íconos milagrosos.

Otros momentos, en que se daba la perfecta unidad entre el poder imperial y el eclesiástico, en beneficio del pueblo de la Ciudad, que representaba al del Imperio y aún a la misma Humanidad, eran las procesiones que recorrían con frecuencia tal las calles de la Capital, que se ha calculado que no pasaban cinco días sin que hubiese alguna²⁶, las que no necesariamente estaban sujetas al calendario litúrgico, puesto que muchas veces obedecían a situaciones que ponían en gran peligro a la Capital: los bárbaros que asediaban sus murallas, las pestes que diezaban la población, los terremotos que desplomaban sus monumentos. Para hacer más efectivo el perdón de Dios, se sacaban las más preciadas y veneradas reliquias del Señor, de la Virgen o de los santos, se oficiaba en distintos santuarios, que contaban también con sus propias reliquias. En situaciones normales, las procesiones eran para bendecir cada año la Ciudad con una de las cruces que se guardaban en el Palacio, en un prolongado recorrido -que tomaba desde finales de Julio hasta mediados de Agosto- por las murallas, por las calles, llegando a todos los lugares y casas, para que toda la Capital fuese santificada; para conmemorar la dedicación de algunas iglesias, o para el aniversario del enterramiento de algún emperador o para manifestar el fervor ante reliquias e íconos milagrosos, como en la iglesia de Santa María de Blachernas, hasta donde el emperador se trasladaba en barco remontando el Cuerno de Oro, y donde se veneraba un manto de la Virgen, así como en la iglesia de la *Chalkopratéia*, su cinturón²⁷.

Además de las ceremonias celebradas en Constantinopla misma, hay algunas fiestas que ocurren fuera de la ciudad, y aún al otro lado del mar de Mármara, en la costa asiática, como es la solemne fiesta con que se da inicio al tiempo de la vendimia, fiesta que, si bien tiene claras reminiscencias paganas, al parecer, fue incorporada al ceremonial bizantino sólo en el siglo X y presumiblemente por el propio Constantino VII. El protocolo comienza cuando el emperador, el patriarca y la corte ya se encuentran en las afueras del palacio de Hieria, donde había un tonel inmenso y suntuosamente labrado, frente a él se colocan los *magistri*, los prepósitos, los procónsules, los patricios, los senadores, los titulares de los grandes oficios, los

26 Cutler, A. y Spieser, J.-M., *Op.cit.* p. 148.

27 *De Cer.* II, VIII, cc. 1005-1010; Ebersolt, "Reliques et reliquaires byzantins" en: *CREAH*, pp. 105-114; Baynes, Norman H., "The Supernatural Defenders of Constantinople" (1949), en *Byzantine Studies and Other Essays*, Londres, 1960 (1955). pp. 248-260; una reciente publicación, *Constantinople and its hinterland*, Variorum, 1995, recoge un breve artículo de M.-Fr. Auzépy, "Les déplacements de l'empereur dans la ville et ses environs (VIIIe -Xe siècles)", pp. 359-366, donde destaca la relación simbólica entre el emperador y la Ciudad

demos con sus demarcas. Hasta allí desciende desde el palacio el emperador, quien viste un *sagión* festoneado de oro y el *colobión*, acompañado del patriarca con sus ornamentos, y entran a una glorieta de vides, en la que hay una mesa de mármol con canastos llenos de racimos, que el patriarca bendice. Cumplido este rito, toma un racimo y lo pasa al emperador; quien a continuación inicia la distribución de racimos a todos los funcionarios, comenzando por el patriarca. En tanto, los *demos* entonan el siguiente himno: “De la pradera de la ciencia del Señor, habiendo vendimiado flores de la sabiduría, sagrado orden de los honorables patricios, al ofrecer plenitud de los cantos, coronamos la cabeza como hogar del perfume de los pensamientos, recibiendo en cambio sus gracias restauradoras. Pero, inmortal Basileus de todas las cosas, conceded por siempre al mundo esta fiesta del poder del autócrata, tú, basileus coronado y crismado por Dios”. Y a continuación, en otro tono: “vuestra virtud, como una viña que retoña, entrega racimos de felicidad; gracias a ella, en todas partes, vendimiando y bebiendo la copa llena de vino, cantando de felicidad, con el orden secreto y sumiso de los patricios, se festeja la elevación sin mengua del poder de la autocracia, tú, fuente inagotable del ecúmene”. Después, en tono tercero: “Los poderosos soberanos parecen como viña que retoña, distribuyendo a todos racimos de felicidad. Por esto, tanto las *scholas* como el senado rebosan de alegría, celebrando el gozo de la vendimia en el palacio de Hieria; por esto, todos cantamos: ‘Una gracia inefable invade el cosmos’”. Cuando termina la distribución de racimos a los dignatarios, cada facción de los *demos* recibe como presente, un donativo de seis *nomismatas*, aclaman al emperador y se retiran. El emperador retorna al palacio con el patriarca para cenar junto con el Senado²⁸.

Esta fiesta no es la única que mantenía vivo el sabor de antiguos festivales paganos, ahora cristianizados, también lo eran las carreras celebradas para el *Carnaval*, llamadas *Lupercales*, con las cuales se ponía fin al año calendario, y por eso en parte de las aclamaciones, los cantores entonaban: “Señor conservad la renovación de los ciclos anuales”. Este festival romano había sido cristianizado por el papa San Gelasio I el año 494, reemplazándolo por la fiesta de la Purificación de la Virgen, lo que calza muy bien puesto que, desde sus orígenes, había sido una fiesta de purificación de la antigua Roma y también para garantizar la fertilidad de las mujeres, extensiva a la tierra, y, con un sentido místico, a la Humanidad misma purificada y renovada por la sangre de Cristo. Es lo que entonan las facciones: “De nuevo nace la dulce primavera, trayendo alegría, salud, vida y bienestar, y de parte de Dios, fortaleza a los emperadores de los Romanos y victoria, don de Dios, sobre los enemigos”, canción que acompaña la danza y que es continuada por cantores y pueblo alternadamente, en prolongada letanía, en la cual resonaban una y otra vez

28 *De Cer.*, I, LXXVIII, cc. 669-676

como estribillo: “Numerosos, numerosos años al emperador, numerosos, numerosos años a la emperatriz” y así sucesivamente²⁹.

Celebradas en el Palacio, en el extenso patio de las *Fuentes del Triconque*,³⁰ cuando el tiempo lo permitía -ya que ocurrían en pleno invierno- o en la sala llamada *Lausiakos*, las *Brumalia* consistían en recepciones que ofrecía el emperador a todos los funcionarios que residían en la Capital, hasta el último de sus hombres, entre ellos los destacamentos de defensa del Palacio, quienes danzaban y cantaban en honor del emperador y de los miembros de la familia imperial, siendo regalados cada uno de acuerdo a su rango con vestiduras de seda, con monedas o con otros donativos, e invitados sucesivamente a comer, algunos teniendo la gracia de acompañar al emperador. Estas fiestas se prolongaban por veinticuatro días, uno por cada letra del alfabeto, día en que eran especialmente festejados aquellos cuyos nombres comenzaban con la letra del día; estas fiestas se organizaban alrededor del día más corto del año (*bruma*), y en ellas no participaba el clero. Su clara connotación pagana -posiblemente asociadas a las *Saturnalias* en que los amos servían a sus esclavos- había llevado a su supresión por el emperador Romano Lecapeno, pero fueron restablecidas por Constantino VII, en medio de la alegría de la Corte, que, al igual que el pueblo, encontraba que era demasiado triste y frío pasar todo ese tiempo sin fiestas³¹.

El paulatino deterioro de las innumerables dependencias del Palacio, difícil de mantener en el nivel digno de las ceremonias que allí se realizaban, y su reemplazo por nuevos recintos, en el norte de la Ciudad, que originaron el Palacio de Blachernas, todo esto contribuyó a que también el Hipódromo con toda la atracción que suscitaban las fiestas que allí congregaban al pueblo de la Capital, fuese siendo descuidado y, a la larga, abandonado³², de manera que faltaron los marcos adecuados para algunas de las más espectaculares ceremonias del Imperio; las mismas ceremonias en Santa Sofía, que quedó a respetable distancia del nuevo Palacio, fueron postergadas en beneficio de iglesias construidas en su proximidad. Pero, sin duda, lo que más confabuló para la declinación del boato que requerían las ceremonias imperiales,

29 *De Cer.* I, LXXIII, cc. 659-664; acerca de las antiguas *Lupercales*, v. el valioso comentario ofrecido por Frazer, Sir James George, *Publii Ovidii Nasonis Fastorum Libri Sex*, London, 1929, Vol.II. Commentary on Books I. and II, pp. 328-340; no hemos podido consultar: Dyval, Y.M., “Des Lupercales de Constantinople aux Lupercales de Rome”, *Revue des Etudes Latines*, 55, Paris, 1977, pp. 222-270.

30 Estas fuentes podían, en caso requerido, manar vino, v. Vogt, II, com. p. 105.

31 *De Cer.*, II, LIII, cc. 1413-1420; Ducellier, Alain, *Le drame de Byzance. Ideal et échec d'une société chrétienne*, Paris, 1976, p. 254.

32 Guiland, Rodolphe, “La disparition des courses” (1955), en *Études Byzantines*, Paris, 1959, pp. 89-107.

fue la penuria que se abatió sobre el disminuido imperio y sobre su Capital en los últimos siglos de su historia³³.

Valga como prueba el testimonio que dejó Don Ruy González de Clavijo, embajador del rey de Castilla y de León, Enrique III, al pasar por Constantinopla, en viaje para tomar contacto con Tamerlán, quien, con su reciente victoria sobre el sultán Bayaceto en Ankara, había concedido medio siglo más de respiro a la Ciudad.

“El domingo siguiente, que fueron veinte y ocho días del mes de Octubre (1403), el Emperador de Constantinopla (Manuel II) envió por los dichos Embajadores y pasaron de Pera en Constantinopla en una barca, y fallaron asaz de gente que les estaba esperando, y caballos en que fuesen, y fueron ver al Emperador, y fallaronlo en su palacio que acababa de oír Misa, y con él estaba asaz de gente, y recibiólos muy bien, y apartóse con ellos en una cámara: y al Emperador fallaron en un estrado un poco alto con unos tapetes pequeños, y en el uno dellos puesto un cuero de león pardo, y á las espaldas una almohada de tapete prieto con unas labores de oro. E desde ovo estado con los dichos Embajadores una gran pieza, mandóles ir para sus posadas, y un gran ciervo que entonces troxieron al dicho Emperador unos sus monteros, mandólo traer a la posada de los dichos Embajadores, é el Emperador tenía allí consigo á la Emperatriz su muger, é tres fijos pequeños machos, é el mayor dellos podía aver fasta ocho años. Y lunes siguiente el Emperador envió unos Caballeros de su casa á los dichos Embajadores, con los cuales les envió responder á lo que avian hablado”³⁴.

* * *

Las ceremonias imperiales -tanto en su majestuosa expresión en el Sagrado Palacio, en su conjugación eclesiástica en la Gran Iglesia y en otras de la Ciudad, como en su vertiente más popular en el Hipódromo- han contribuido, sin duda, a reforzar las profundas convicciones de los bizantinos en cuanto a ser el nuevo pueblo elegido de Dios, con todas las alternativas que enseña la Sagrada Escritura, pero siempre contando con la gracia divina para cumplir la providencial misión encargada al *basileus*, misión que Constantino Porphyrogénito pondera en la Introducción de su *Libro de las Ceremonias*, cuando insiste en que es propio del poder imperial gobernar con orden y elegancia para así imitar el armonioso movimiento que el *Demiurgo* imprime al universo³⁵.

33 Grabar, A., “Pseudo-Codinos et les cérémonies de la Cour byzantine au XIVe siècle”, (1971), en *L'art paléochrétien et l'art byzantin*, Londres, 1979, VII, pp. 195-221.

34 González De Clavijo, Ruy, *Historia del Gran Tamorlán e itinerario y enerración del viaje, y relación de la embajada que Ruy Gonzalez de Clavijo le hizo por mandato del muy poderoso Señor Don Henrique el Tercero de Castilla*(...), Madrid, 1782 (Sevilla, 1582), p. 50.

35 *De Cer.*, I, Introd., c. 77.

IMPERIAL FEASTS IN CONSTANTINOPLE

Héctor Herrera Cajas.

The author begins by highlighting the significance of the *feast*, as the moments in which man's everyday life seems to transcend the limits of time and space, moments in which every gesture, every word, every object, acquires a special significance, a *sacred* dimension.

In this perspective, the author studies the *imperial feasts* in Constantinople, which have the power of incorporating everyone into this special dimension; the traditional rites are rigorously established, playing, thus, an important role in the preservation of its culture.

The *Books of Ceremonies*, carefully composed by the emperor Constantine VII Porphyrogenite, is a testimony of the *feasts*, understood in this perspective; and, therefore, constitutes a most valuable historical document for studying byzantine culture, not only of the Xth century, when it was composed, but also of its past history -roman and hellenistic traditions-, and its historical projection.

Special attention is given by the author to the triumphal ceremony, which crosses the City, up to the final acclamation in the Hippodrome; to the Palace Festivities (as the *Brumalia*); to the Great Church Ceremonies, and devotional processions.

All these festivities express the fundamental conception of imperial power in Byzance, as a *mimesis* of the Kingdom of Heaven.

Ivonne Lavanchy B.